

los ríos y los pies de ladera para disminuir la erosión sobre los cauces de los ríos, programa en el que podrían participar escuelas y colegios de la zona, asociaciones de desarrollo, grupos organizados y el Minae. Además, es importante implementar un programa de monitoreo continuo de los ambientes coralinos del Parque en el que participen la comunidad, funcionarios del Minae, operadores de turismo, universidades y organizaciones no gubernamentales, que sirva para dar aviso de cualquier signo de deterioro de esos ecosistemas y emprender acciones para mejorar sus condiciones de sobrevivencia. Finalmente, en la zona urgen planes de manejo de cuencas, forestales, de desarrollo urbano y de tratamiento de aguas residuales que aseguren la salud de los habitantes y de los ambientes terrestres, costeros y marinos que forman una sola unidad.

Al implementar algunas de las recomendaciones propuestas se podrá reducir paulatinamente el deterioro que vienen sufriendo los ecosistemas coralinos del Parque. La involucración en esto de los diferentes grupos sociales que interactúan con el Parque es vital. Al proteger los arrecifes coralinos y mantenerlos sanos no solo se está protegiendo un ecosistema único y rico sino, también, las pesquerías que se desarrollan en su cercanía –dado que es una zona de crianza de peces- y la actividad turística local de la que dependen bastantes pobladores del lugar.



Arrecife de coral *Porites lobata* (núcura) cerca de rocas Tres Hermanas.
Foto: J. Cortés

Referencias bibliográficas

- Alvarado, J. J. *et al.* "Coral communities and coral reefs of Ballena Marine National Park, Pacific coast of Costa Rica", en *Ciencias Marinas* 31, 2005.
Cortés, J. y M. M. Murillo. "Comunidades coralinas y arrecifes del Pacífico de Costa Rica", en *Rev. Biol. Trop.* 33, 1985.
Jiménez, C. y J. Cortés. "Effects of the 1991-92 *El Niño* on scleractinian corals of the Costa Rican Central Pacific coast", en *Rev. Biol. Trop.* 49 (Supl. 2), 2001.
Jiménez, C. y J. Cortés. "Coral cover change associated to *El Niño*, eastern Pacific, Costa Rica, 1992-2001. P.S.Z.N.", en *Mar. Ecol.* 24, 2003.



Los indios tratan mejor a la naturaleza

DAVID KAIMOWITZ

Un estudio reciente de la Universidad de Idaho demuestra que la población indígena de la Reserva Bosawas, en Nicaragua, destruye los bosques mucho menos que sus vecinos mestizos. De hecho, en promedio, cada colono mestizo deforestó un área casi 17 veces más grande en 2002 que su contraparte indígena.

Desde hace tiempo los analistas han discutido si los indígenas respetan más el ambiente que otros grupos. Los defensores de los indígenas siempre destacan el profundo respeto por la naturaleza de las culturas tribales y el hecho de que han vivido en los bosques por miles de años sin destruirlos. Sin embargo, otros grupos afirman que hoy los indígenas están tan dispuestos como cualquiera a destruir sus bosques para ganar dinero rápido. En el estudio realizado por Tony Stocks, Ben McMahan y Peter Taber, en el cual basan su artículo "Más allá del mapa: Impacto sobre indígenas y colonos y defensa territorial en la reserva Bosawas en Nicaragua", ellos se valieron de encuestas e imágenes de satélite del período 1986 a 2002 para ver quién tenía razón.

La Reserva de la Biosfera de Bosawas es un caso interesante. Cerca de 16.000 mayangnas y miskitos controlan dos tercios de la parte norte de la Reserva, mientras un número similar de colonos mestizos controlan el sur. Los mayangnas y los miskitos son nativos del área, mientras que la mayoría de los colonos migraron allí recientemente desde áreas rurales cercanas. Ambos grupos son pobres y ninguno tiene buen acceso a los mercados. Sin embargo, los colonos no solo deforestaron mucho más sino que la diferencia entre los dos grupos parece ir en aumento.

Tal diferencia se debe en gran parte al hecho de que, a diferencia de los mayangnas y los miskitos, quienes dejan descansar la tierra por unos años y después vuelven a sembrar sus cultivos en el mismo lugar, los colonos mestizos meten pastos permanentes una vez que han terminado de cultivar un área. En parte los colonos usan esos pastos

El autor, economista, es funcionario del Banco Mundial.



para alimentar su ganado y en parte los usan como una forma de reclamar esa tierra como su propiedad privada. En contraste, los indígenas mantienen sus animales con ellos en sus aldeas y manejan la tierra de forma comunal.

El estudio de Idaho no demuestra que los indígenas siempre manejan sus recursos de forma más sostenible. Éste es apenas un caso, y en otros podría ser diferente. Sí demuestra que a pesar de la globalización y la proliferación de los valores occidentales, las diferencias culturales todavía son importantes. Cada grupo tiene sus propias reglas y su propia manera de hacer las cosas, y algunos tratan a la madre naturaleza mejor que otros. El estudio también deja claro que fortalecer el control de los indígenas sobre sus territorios ayudó a conservar los bosques de Bosawas. Eso es más de lo que se puede decir respecto a los esfuerzos poco exitosos del gobierno para mantener a los colonos fuera de la parte sur de la Reserva. Así que reconocer los derechos territoriales de los indígenas tal vez no sea una solución mágica para lograr la conservación, pero vale la pena hacer el intento.



Indio huetar Adán Murillo diserta sobre utilidad de nuestra biodiversidad

GERARDO ALFARO

En los mundos científico, académico e institucional hay un gran debate sobre qué es la biodiversidad de nuestros ecosistemas, su utilidad y los mecanismos legales para su “acceso”, “defensa” y “protección” por parte de empresas o entidades con fines comerciales o de “investigación”. Esto debido a que el Capítulo 11 (sobre derechos de propiedad intelectual sui géneris) del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Centroamérica ha puesto el tema en el candilero al pretender legalizar la mercantilización del conocimiento ancestral, y los recursos naturales asociados, en provecho de empresas farmacéuticas, agroquímicas y alimentarias transnacionales y nacionales. Se pretende que ese conocimiento que poseen nuestros abuelos y abuelas indígenas, negros y campesinos mestizos sobre plantas, animales y microorganismos sea usado por otros con fines de lucro, obviándose algo que entienden muy claramente ellos y ellas, que vivieron antes de los procesos de “modernización, progreso y desarrollo”: que tales conocimientos y recursos, como la tierra y los bosques, son bienes de toda la creación y que Dios los dejó no para privatizarlos y venderlos o comprarlos como cualquier baratija de supermercado, sino para usarlos en las siembras y la recolección y darnos de comer, vestir y curarnos. Como lo señalaba sabiamente, refiriéndose a la Tierra, el abuelo huetar de 79 años Delfín Masís, oriundo de Bocana de Puriscal (citado por Miguel Quesada [1996: 13]). Y en esa misma línea de pensamiento biocéntrico, la etnoecología en sus recientes estudios ha concluido que: tales conocimientos ancestrales etnoecológicos son parte integral e indisoluble del reciclaje de materia y energía que ocurre en el ecosistema y, por lo tanto, no se puede extraer ninguno de esos componentes con fines de privatización -y como mercancías- pues eso terminaría desequilibrando los componentes y procesos internos del etnoecosistema, como está ocurriendo desde hace muchas décadas en este país. Lo interesante es que en medio de este debate se ha buscado respuestas en el mundo científico costarricense, estando las respuestas ahí, a la vuelta de la esquina, en manos de personas humildes a las que nunca hemos tenido la humildad de escuchar.

Esto ocurre producto del adormecimiento, invisibilización e intoxicación ideológico-colonialista europeo-antropocéntrica, desde hace 500 años, y con la instauración del mito de la superioridad del mundo urbano industrial capitalista occidental sobre el mundo rural, con lo que se articula el mito científicista de que la única vía de acceso a la realidad es el de la ciencia occidental, que descartó las vías de acceso de la sabiduría ancestral de las civilizaciones indígenas americanas, africanas y asiáticas. Tan solo debemos tener ojos para ver y oídos para escuchar las enseñanzas y experiencias prácticas de nuestros abuelos y abuelas sobre la naturaleza y cómo convivir y sobrevivir “con ella”, no contracorriente de “ella”. Un ejemplo de estas enseñanzas es la siguiente lección ocurrida a una persona conocida en Ciudad Colón, cabecera del cantón de Mora, provincia de San José.

Ciudad Colón es la antigua ranchería de Pacaca, sede del cacicazgo de Coquiva, principal de Coyoche, el gran cacique del reino occidental de la gran nación indígena huetar, cuyo territorio se extendió desde la costa pacífica hasta la desembocadura del río Soih (río Conejo), hoy Reventazón, en el Atlántico.

Me contaron que una mañana del año 2003 llegó don Adán Murillo a la casa de don Miguel Parra Artavia para

Gerardo Alfaro, antropólogo, pertenece a la Fundación Etno-Ecológica Sūwak.